

El sol primaveral entraba a raudales por las ventanas de la comisaría de policía de Tanumshede, revelando, implacable, la suciedad de las ventanas. La humedad del invierno aparecía adherida a los cristales como una membrana y Patrik se sentía como si a él le ocurriese otro tanto. Había sido un invierno muy duro. Cuando se tenían hijos, la vida era infinitamente más divertida, pero también infinitamente más trabajosa de lo que nunca imaginó. Y aunque las cosas funcionaban mucho mejor que al principio con Maja, Erica seguía insatisfecha con su vida de ama de casa. Aquella certeza atormentaba a Patrik cada segundo y cada minuto que pasaba en el trabajo. Por si fuera poco, todo lo sucedido con Anna les había supuesto una carga más que soportar.

Unos golpecitos en el marco de la puerta vinieron a interrumpir su lúgubre reflexión.

—¿Patrik? Acaba de llegar una emergencia, un accidente de tráfico. Un solo vehículo, en la carretera hacia Sannäs.

—Vale —dijo Patrik al tiempo que se levantaba—. Oye, ¿no era hoy cuando empezaba la sustituta de Ernst?

—Sí —respondió Annika—. Pero es que aún no son las ocho en punto.

—Bueno, en ese caso, le pediré a Martin que me acompañe. Había pensado llevarla conmigo un tiempo, hasta que adquiriera algo de rodaje.

—Ya, pues que sepas que la pobre me da lástima —respondió Annika.

—¿Por salir de servicio conmigo? —preguntó Patrik, dedicándole en broma una mirada llena de indignación.

—Por supuesto —confirmó Annika—. Sé cómo conduces... No, en serio, no creo que Mellberg se lo ponga nada fácil.

—Pues, después de haber leído su currículum, creo que nadie mejor que Hanna Kruse para manejar al jefe. Parece una chica dura, a juzgar por sus méritos, por su hoja de servicio y por las palabras de recomendación que trae.

—Sí, y por eso no acabo de explicarme que haya pedido un destino como Tanumshede...

—Ya, claro, en eso no te falta razón —admitió Patrik mientras se ponía la cazadora—. Le preguntaré por qué se rebaja a trabajar en este callejón sin salida profesional con un puñado de policías aficionados... —dijo guiñándole un ojo a Annika, que le dio un golpecito en el hombro.

—¡Anda ya! Sabes que no me refería a eso.

—No, ya lo sé, era por hacerte rabiar... Por cierto, ¿tienes algún dato más sobre el lugar del accidente? ¿Hay heridos? ¿Algún muerto?

—Según la persona que llamó para dar el aviso, parece que sólo había un ocupante en el vehículo. Y está muerto.

—Mierda. Bueno, voy a buscar a Martin y nos ponemos en marcha, a ver qué hay. No creo que tardemos mucho en volver. Entretanto, enseñale a Hanna la comisaría.

En ese preciso momento se oyó una voz de mujer en la recepción.

—¿Hola?

—Me parece que es ella —dijo Annika ya camino de la puerta. Patrik la siguió, pues sentía una gran curiosidad por ver quién era la fémmina que venía a incrementar el personal de la comisaría.

Cuando vio a la mujer que los aguardaba en la recepción, se quedó sorprendido. Patrik no sabía exactamente qué esperaba, aunque quizá a alguien más... grande. Y, desde luego, no tan bonita... ni tan rubia. La joven le tendió la mano primero a Patrik y luego a Annika, y se presentó:

—Hola, soy Hanna Kruse. Hoy es mi primer día en esta comisaría.

La voz de la colega, profunda y firme, encajaba más con las expectativas de Patrik.

Su apretón de manos revelaba, además, las muchas horas de gimnasio y Patrik ya empezaba a modificar su primera impresión.

—Hola, Patrik Hedström. Ésta es Annika Jansson, la médula espinal de la comisaría...

Hanna sonrió al tiempo que replicaba:

—El único bastión femenino en este territorio de dominación masculina, por lo que me han dicho. Al menos, hasta ahora.

Annika se rió de buena gana.

—Sí, admito que es un alivio contar con alguien que equilibre el alto índice de testosterona que encierran estas paredes.

Patrik interrumpió su charla.

—Chicas, ya confraternizaréis luego. Hanna, acaba de llegarnos un aviso de accidente de tráfico, un solo vehículo y ocupante, con resultado de muerte. He pensado que podrías venirte conmigo ahora mismo, si te parece. Así empiezas de lleno el primer día.

—Por mí, bien —respondió Hanna—. ¿Dónde puedo dejar el bolso?

—Te lo llevo a tu despacho —respondió Annika—. Ya te lo enseñaré todo cuando volváis.

—Gracias —respondió Hanna apresurándose a alcanzar a Patrik, que ya había salido.

—Bueno, ¿y qué tal te sientes? —preguntó Patrik ya rumbo a Sannäs.

—Bien, gracias, muy bien, aunque siempre hay nervios cuando se empieza en un nuevo lugar de trabajo.

—A juzgar por tu currículum, ya te has movido por bastantes comisarías —observó Patrik.

—Sí, quería adquirir tanta experiencia como me fuese posible —explicó Hanna sin dejar de observar con curiosidad el

panorama—. Distintas regiones de Suecia, distintos ámbitos de servicio, lo que sea. Todo aquello que pueda ampliar mi experiencia como policía.

—Pero ¿por qué? —continuó Patrik—. Quiero decir, ¿cuál es tu objetivo?

Hanna sonrió con tanta amabilidad como firmeza.

—Un puesto en la jefatura, naturalmente. En el seno de alguno de los distritos policiales más importantes. De modo que asisto a todo tipo de cursos, amplío mi experiencia y trabajo tanto como puedo.

—Suenas como la receta del éxito —respondió Patrik sonriendo también. Sin embargo, la desmedida ambición que revelaba la colega lo hacía sentirse un tanto incómodo. Era algo a lo que no estaba acostumbrado.

—Eso espero —aseguró Hanna sin dejar de contemplar el paisaje que iban atravesando.

—¿Y tú? ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en Tanumshede?

Patrik se irritó al oír que respondía un tanto avergonzado.

—Pues... desde que terminé en la academia, la verdad.

—Vaya, a mí me habría sido imposible. Pero eso significa que estás muy a gusto aquí. Eso me favorece a mí... —constató entre risas y volviendo la mirada hacia él.

—Sí, claro, lo puedes ver así. Sin embargo, también es por costumbre y por comodidad. Yo soy de aquí, aquí me crié y conozco la zona como la palma de la mano. Aunque ya no vivo en Tanumshede, sino en Fjällbacka.

—¡Ah, es verdad, me dijeron que estás casado con Erica Falck! ¡Me encanta cómo escribe! Bueno, sus libros sobre casos de asesinato, admito que no he leído las biografías...

—Bah, no te preocupes. Al parecer, media Suecia ha leído la última novela, a juzgar por las cifras de ventas, pero la mayoría ni siquiera sabe que ha escrito cinco biografías de otras tantas escritoras suecas. La que más vendió fue la de Karin Boye, y creo que sacaron nada menos que dos mil ejemplares... Por cierto, que aún no estamos casados, pero falta muy poco, lo hacemos el sábado de Pentecostés.

–Vaya, ¡enhorabuena! ¡Qué bonito, una boda en Pentecostés!

–Sí, bueno, esperemos... Aunque, para ser sincero, yo quisiera escaparme a Las Vegas y ahorrarme todo el jaleo. No tenía ni idea de que casarse fuese una empresa de tanta envergadura.

Hanna se rió de buena gana.

–Sí, me lo imagino...

–Pero tú también estás casada, por lo que he visto en tu documentación. ¿No os casasteis por la iglesia con toda la pompa?

Una sombra apagó el semblante de Hanna, que apartó la mirada y murmuró en voz tan baja que Patrik apenas la oyó:

–Lo hicimos por lo civil, pero de eso ya hablaremos en otra ocasión. Parece que ya hemos llegado, ¿no?

Ante ellos tenían, en efecto, un coche destrozado en la cuneta. Dos bomberos intentaban acceder al interior por el techo. No parecían tener prisa. Tras una ojeada al asiento delantero del coche siniestrado, Patrik comprendió la razón.

No fue casualidad que la reunión se celebrase en la casa de Erling W. Larson, en lugar de en las oficinas del ayuntamiento. Tras meses de constantes trabajos de renovación, la casa, o «la perla», como él solía llamarla, estaba por fin lista para ser admirada. Era una de las casas más antiguas y más grandes de Grebbestad, y le costó mucho convencer a los antiguos propietarios de que la pusieran en venta. Siempre esgrimían el mismo argumento y se lamentaban diciendo «que si había pertenecido a la familia», «que si había ido pasando de padres a hijos», pero los lamentos se convirtieron en un sordo murmullo que, a su vez, se fue tornando en alegre gruñir, a medida que él aumentaba el precio de su oferta. Y los imbéciles de los lugareños ni siquiera se percataron de que les había ofrecido mucho menos de lo que habría estado dispuesto a pagar. Seguramente, jamás habían puesto un pie fuera del pueblo y carecían de esa conciencia del valor de las cosas que se adquiría al vivir en Estocolmo,

acostumbrados a las condiciones inmobiliarias de la capital. Una vez formalizada la compra se gastó, sin pestañear, otros dos millones en renovar la casa, y ahora le mostraba orgulloso el resultado al resto de la comisión municipal.

—Aquí trajimos de Inglaterra una escalera que encaja muy bien con los detalles de época. Claro que no fue barata, precisamente. Sólo se fabrican cinco escaleras como ésta al año, pero la calidad cuesta. Y hemos mantenido una estrecha colaboración con el museo de Bohuslän, con la idea de no destruir el espíritu de la casa. Tanto Viveca como yo somos muy meticulosos con esas cosas y procuramos renovar las viviendas con sumo cuidado de no destruir su espíritu. Por cierto, tenemos varios ejemplares del último número de la revista *Residence*, donde se da cuenta del resultado de nuestra reforma. El fotógrafo dijo que jamás había visto una reforma ejecutada con tanto gusto. Tomad un ejemplar de la revista y así podéis hojearlo en casa tranquilamente. Ah, quizá debería explicar que *Residence* es una revista en la que sólo aparecen viviendas de lujo. Vamos, que no es como la sueca, *Sköna Hem*, donde meten la casa de fulanito y de menganito —observó Erling con una risita que indicaba lo absurda que se le antojaba la idea de que su casa apareciese en semejante publicación—. En fin, ¿nos sentamos y nos ponemos manos a la obra? —dijo señalando la gran mesa del salón, preparada con el servicio de café.

Su mujer había ido poniéndola mientras él les enseñaba la casa y ahora aguardaba en silencio a que tomaran asiento. Erling le hizo un gesto de aprobación. Su querida Viveca valía su peso en oro, sabía cuál era su sitio y era una anfitriona excepcional. Un tanto taciturna, quizá, nada versada en el arte de la conversación, pero más valía una mujer capaz de callar que una charlatana incansable, como solía decirse.

—Bien, ¿qué ideas se os ocurren sobre el gran tema al que nos enfrentamos hoy?

Se habían sentado todos a la mesa y Viveca iba sirviéndoles el café en delicadas tazas de porcelana blanca.

–Bueno, ya sabes cuál es mi postura –respondió Uno Brorsson mientras se ponía cuatro terrones de azúcar. Erling lo observó con desprecio. No entendía a los hombres que descuidaban su físico y su salud de aquel modo. Él salía a correr todas las mañanas y hasta se había hecho algún que otro *lifting* discretísimo, aunque esto sólo lo sabía Viveca.

–Ya, de tu postura no cabe la menor duda –aseguró Erling, con más crudeza de la que pretendía–. Pero tú has tenido la oportunidad de decir lo que pensabas y, ahora que hemos adoptado esta decisión, considero que debemos procurar sacarle el mayor partido posible. De nada sirve seguir debatiendo el asunto. El equipo de televisión llegará hoy y, bueno, ya conocéis mi punto de vista, personalmente considero que es lo mejor que le podía suceder a la comarca. No tenéis más que ver las consecuencias que las ediciones anteriores han tenido para las zonas donde se ha desarrollado el programa. Ciertamente que Åmål saltó a la fama con la película de Moodysson, pero eso no fue nada comparado con la publicidad que obtuvo gracias al programa protagonizado por gente del pueblo. Y *Fucking Töreboda* dio a conocer el pueblo en todo el país. ¡Sabed que la mayor parte de la población sueca se plantará ante el televisor para ver *Fucking Tanum!* ¡Es una posibilidad única para promocionar la mejor cara de este rincón de Suecia!

–¡La mejor cara! –resopló Uno–. Alcohol y sexo y un montón de imbéciles, de famosos de pacotilla que se creen estrellas de televisión por salir en el programa, ¡eso es lo que verán de Tanumshede!

–Ya, bueno, yo creo que será muy emocionante –terció entusiasmada Gunilla Kjellin, con su voz un tanto chillona, mirando a Erling con chiribitas en los ojos. A Gunilla le encantaba Erling. Incluso podría decirse que estaba enamorada de él, aunque ella jamás admitiría tal cosa. En cualquier caso, Erling no vivía ignorante de dicha circunstancia y la aprovechaba para conseguir su voto en todos los asuntos que deseaba sacar adelante.

–Ahí lo tienes, ¡ya oyes a Gunilla! Ése es el espíritu con que todos deberíamos acoger el futuro proyecto. Vamos a emprender

una aventura muy emocionante y una oportunidad que deberíamos agradecer —exclamó Erling con su tono de voz más persuasivo y entusiasta. El mismo que le había valido siempre la atención y el interés tanto del personal como del Consejo. Cuando pensaba en los años de éxito candente, lo invadía la nostalgia. Pero, por suerte, lo había dejado a tiempo. Cogió el merecido pago y se despidió. Antes de que los periodistas, movidos por su sed de sangre, se lanzasen a la caza de los desgraciados de sus colegas, como sobre una presa que abatir y descuartizar. A Erling lo angustió mucho la decisión de jubilarse anticipadamente después del infarto, pero luego se dio cuenta de que había hecho lo correcto—. Venga, probad estos deliciosos dulces, son de la pastelería Elg. —Los animó señalando la bandeja repleta de bollos de crema y de canela. Todos obedecieron y se sirvieron un dulce. Él se abstuvo. El hecho de haber sufrido un infarto, pese a lo cuidadoso que era con la alimentación y el ejercicio, había incrementado más aún su prudencia.

—¿Qué pasará con los posibles daños? Tengo entendido que en Töreboda hubo muchos destrozos durante la grabación del programa. ¿Se hará cargo de los desperfectos la cadena de televisión?

Erling resopló impaciente en dirección al origen de la pregunta. El joven jefe municipal de economía tenía que andar siempre incordiando con minucias, en lugar de ver la imagen a gran escala, *the big picture*, como él solía decir. Por lo demás, ¿qué demonios sabría él de economía? Apenas había cumplido los treinta y seguramente no habría visto en toda su vida la cantidad que Erling manejaba en un solo día en los tiempos dorados de La Empresa. No, esos ridículos contables no le parecían dignos de ninguna consideración. Se dirigió a Erik Bohlin, el contable en cuestión, y le dijo con retintín:

—No es ése un asunto que debemos abordar ahora. Teniendo en cuenta el incremento del flujo turístico, no creo que merezca la pena preocuparse por unos cristales rotos. Y además, espero que la policía haga cuanto esté en su mano por ganarse el sueldo y mantener la situación bajo control.

Posó la mirada en cada uno de ellos durante unos segundos. Era una técnica que le había procurado muchos éxitos con anterioridad. Y así fue también en esta ocasión. Todos bajaron la vista y se guardaron sus protestas para sí, como debía ser. Habían tenido su oportunidad, pero la decisión había sido adoptada tras una votación conforme al mejor espíritu democrático, y los autobuses de la tele entrarían aquel día en Tanumshede, con los participantes del programa.

—Todo saldrá bien —dijo Jörn Schuster, que aún no se había recuperado del golpe que le supuso el hecho de que Erling ocupase ahora el puesto de consejero municipal, puesto que había sido suyo durante casi quince años.

Erling, por su parte, no alcanzaba a comprender por qué habría decidido Jörn quedarse en el Consejo. Si a él lo hubieran desacreditado con tan pocos votos, se habría retirado con el rabo entre las piernas. Pero si Jörn quería quedarse, por él no había problema. Tenía ciertas ventajas conservar al viejo zorro, aunque ya estuviese cansado y desdentado, hablando metafóricamente. Aún contaba con un puñado de fieles seguidores y, mientras Jörn siguiese activo en el Consejo, no causarían problemas.

—Bien, pues entonces empezamos hoy mismo, ¡adelante a toda máquina! Yo iré a darle la bienvenida al equipo personalmente, a la una en punto, y ni que decir tiene que vosotros también podéis participar. De lo contrario, nos vemos en la reunión ordinaria del jueves. —Dicho esto, se levantó para indicar que había llegado el momento de despedirse.

Cierto que Uno seguía mascullando entre dientes cuando se iba, pero, por lo demás, Erling creía haber logrado unir a las tropas. Aquello olía a éxito, tenía el presentimiento.

Más que satisfecho, salió al porche y encendió el puro de la victoria. Dentro, en el comedor, Viveca quitaba la mesa en silencio.

—**T**a-ta-ta-ta. —Maja parloteaba en la trona al tiempo que, con habilidad asombrosa, esquivaba la cuchara que Erica intentaba

meterle en la boca. Tras unos minutos de enfrentamiento con la habilidad de la pequeña, logró por fin introducir una cucharada de papilla, pero fue breve la satisfacción, puesto que Maja eligió justo aquel momento para demostrar lo bien que sabía reproducir el sonido de un coche.

–Brrrrr –dijo con tal pasión que la papilla salió despedida para aterrizar en una capa homogénea en la cara de Erica.

–¡Jobar con la niña! –se quejó Erica con voz cansina, aunque se arrepintió en el acto de sus palabras.

–Brrrrr –insistió Maja alegremente, consiguiendo así esparcir sobre la mesa los últimos gramos de la papilla que aún le quedaban en la boca.

–¡Jobar con la niña! –dijo Adrian, a lo que Emma, ejerciendo de hermana mayor, lo reprendió enseguida.

–Adrian, no debes decir palabrotas.

–Pues Ica sí las dice.

–Bueno, pero no deben decirse de todos modos. ¿A que no, tía Erica? ¿A que no se deben decir palabrotas? –preguntó Emma con los brazos en jarras y clavando en Erica una mirada exigente.

–No, por supuesto que no deben decirse. Lo que he hecho ha estado muy feo, Adrian.

Satisfecha con la respuesta, Emma continuó con su yogur. Erica la observó con una mezcla de cariño y preocupación. Se había visto obligada a hacerse mayor demasiado deprisa. A veces se comportaba con Adrian más como su madre que como su hermana mayor. Anna no parecía advertirlo, pero Erica lo veía clarísimo. De hecho, sabía muy bien lo que suponía cargar con ese papel cuando aún se era demasiado joven.

Y allí estaba otra vez, haciendo de madre de su hermana, al mismo tiempo que era madre de Maja y una especie de madre suplementaria de Emma y Adrian, a la espera de que Anna despertase de su letargo. Erica echó una ojeada a la planta de arriba mientras ponía orden en el desbarajuste que había sobre la mesa. Pero no se oía nada. Anna rara vez se despertaba antes de las once y Erica la dejaba dormir. No sabía qué hacer.

—Yo no quiero ir a la guardería hoy —declaró Adrian adoptando un mohín desafiante que mostraba a las claras: «E intenta obligarme, si eres capaz».

—Por supuesto que vas a ir, Adrian —intervino Emma, con los brazos otra vez en jarras.

Erica frenó la riña que sabía estaba a punto de iniciarse y, mientras limpiaba como podía a su hija de ocho meses, ordenó:

—Emma, ve a ponerte el abrigo y los zapatos. Adrian, no tengo ganas de discutir por eso hoy. Irás a la guardería con Emma, sin posibilidad de negociación.

Adrian abrió la boca para protestar, pero algo vio en la mirada de su tía que le dijo que, justo aquella mañana, era mejor obedecer, de modo que, con una sumisión nada habitual en él, se encaminó también al vestíbulo.

—Muy bien, ahora ponte los zapatos —le dijo Erica al tiempo que le daba las zapatillas de deporte. Al verlas, el pequeño negó con vehemencia.

—Yo no sé, tendrás que ayudarme.

—Por supuesto que sabes, si en la guardería te las pones tú solo.

—No, no sé. Soy demasiado pequeño —añadió, para que quedase bien claro.

Erica dejó escapar un suspiro y sentó en el suelo a Maja, que empezó a alejarse gateando mucho antes de que ella se hubiese arrodillado siquiera. La pequeña había aprendido a gatear muy pronto y, a aquellas alturas, era una maestra en la materia.

—Maja, bonita, quédate aquí —le dijo Erica mientras intentaba ponerle una zapatilla a Adrian. No obstante, la niña optó por ignorar el encarecido ruego de su madre y se lanzó a la aventura. Erica notó cómo le corría el sudor a raudales por la espalda y las axilas.

—Yo la cojo —dijo Emma solícita, que tomó el silencio de Erica por una afirmación. Al cabo de un instante, apareció zapa-teando ligeramente con Maja retorciéndose como un gato en sus brazos. Erica vio que la carita de su hija empezaba a adquirir ese tono rojizo que, por lo general, anunciaba la pataleta, y

se apresuró a cogerla. Luego apremió a los niños para que se dirigieran al coche. ¡Mierda!, cómo odiaba esas mañanas.

–Venga, al coche, que llegamos tarde otra vez y ya sabéis lo poco que le gustan los retrasos a la señorita Ewa.

–No le gustan nada –constató Emma meneando la cabeza con preocupación.

–No, desde luego, no le gustan lo más mínimo –corroboró Erica mientras le ponía a Maja el cinturón de la sillita.

–Yo quiero ir delante –declaró Adrian cruzando los brazos indignado, preparándose para la batalla. Pero a Erica ya se le había agotado la paciencia.

–Vete ahora mismo a tu asiento –le rugió al pequeño que, con cierta satisfacción para Erica, se sentó volando en su sitio. Emma se sentó en el centro, sobre su cojín, y se puso el cinturón de seguridad sin ayuda. Con cierto exceso de brusquedad, Erica le ajustó el cinturón a Adrian, pero se moderó cuando, de repente, sintió una manita en la mejilla.

–Ica, te quieeeeeero mucho –declaró el pequeño esforzándose al máximo por parecer tan dulce como le era posible. Estaba más que claro que se trataba de un intento de hacerle la pelota, pero no fallaba nunca. Erica sintió que se le derretía el corazón, se inclinó y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

Lo último que hizo antes de dar marcha atrás para salir fue lanzar una mirada inquieta hacia la ventana del dormitorio de Anna. Pero el estor seguía bajado.

Jonna pegó la frente a la fría ventana del autobús y contempló el paisaje que discurría ante su vista, de nuevo invadida por la inmensa indiferencia de siempre. Se tiró de los puños del jersey hasta cubrir bien con ellos las muñecas. Con los años, se había convertido en un gesto instintivo. Se preguntaba qué hacía ella allí. Cómo se vio envuelta en aquello. ¿Por qué existía tal fascinación por su vida y su día a día? Jonna no lo entendía. Una joven destrozada llena de cortes en el brazo, una joven rara y condenadamente sola. Aunque, quizá justo por eso la votasen

en La Casa semana tras semana, porque había otras muchas jóvenes como ella en todo el país. Chicas ávidas de reconocerse en su persona, cada vez que terminaba discutiendo con los demás participantes, cuando se sentaba en el cuarto de baño a llorar y a hacerse cortes en los brazos con cuchillas de afeitar, cuando irradiaba tanta impotencia y desesperación que los demás ocupantes de La Casa se apartaban de ella como si tuviese la rabia. Quizá fuera justo por eso.

—¡Ooooh, qué emocionante! ¡Qué suerte que tengamos otra oportunidad, oye! —Jonna oía la infinita expectación que resonaba en la voz de Barbie, pero se negó a ofrecerle ni un amago de respuesta. Su solo nombre le producía náuseas. Pero a la prensa le encantaba aquello. BB-Barbie quedaba divinamente en las portadas. Aunque su verdadero nombre era Lillemor Persson. Uno de los diarios de la tarde lo había averiguado. Además, habían encontrado fotos suyas de hacía un tiempo, de cuando era una chica esquelética con el pelo castaño y unas gafas demasiado grandes, que no se parecía en nada a la bomba rubia de silicona que era en la actualidad. Jonna se echó a reír cuando vio aquellas fotos en el ejemplar del periódico que les llevaron a La Casa. Pero Barbie lloró. Y luego quemó el diario.

—¡Mira cuánta gente hay! —Barbie señalaba excitada la aglomeración de personas hacia la que parecía dirigirse el autobús—. ¿Te das cuenta, Jonna? Todo esto es por nosotros, por nosotros, ¿no lo entiendes? —Barbie no era capaz de estarse quieta, y Jonna la miró con desprecio. Luego se puso los auriculares del reproductor de mp3 y cerró los ojos.

Patrik rodeó el coche despacio. Había caído por una pronunciada pendiente hasta que lo frenó el árbol. La parte delantera estaba completamente aplastada pero, por lo demás, el vehículo había quedado intacto. No debía de ir a mucha velocidad.

—Parece que el conductor se dio contra el volante. Yo diría que ésa fue la causa de la muerte —opinó Hanna, que se hallaba en cuclillas junto al lateral del conductor.

–Bueno, yo creo que eso es mejor dejárselo al forense –dijo Patrik con un tono algo más cortante de lo que pretendía–. Quiero decir que...

–No pasa nada –atajó Hanna–. La mía ha sido una apreciación absurda. En lo sucesivo, me limitaré a observar, no a sacar conclusiones. O al menos, todavía no –añadió.

Patrik había dado la vuelta alrededor del coche y fue a acullillarse al lado de la colega. La puerta del conductor estaba abierta de par en par y el accidentado seguía allí, aún con el cinturón puesto, pero con la cabeza sobre el volante. Tenía la cara llena de sangre, que también había goteado hasta el suelo.

De repente oyó el clic de la cámara de uno de los técnicos que fotografiaba el lugar del accidente.

–¿Os estorbamos aquí? –preguntó Patrik dándose la vuelta.

–No, ya hemos tomado la mayor parte de las fotos que necesitamos. Pensábamos incorporar el cadáver y sacarle algunas instantáneas. ¿Podemos? Me refiero a si ya habéis visto lo que queráis, por ahora.

–¿Tú qué dices, Hanna? –preguntó Patrik, procurando no excluir a su colega. Se imaginaba lo difícil que era ser nuevo en un puesto de trabajo y él estaba decidido a hacer lo posible por facilitarle las cosas.

–Sí, eso creo. –Tanto ella como Patrik se pusieron de pie y se apartaron para que el técnico pudiera acceder al cadáver. El hombre cogió cuidadosamente por los hombros a la víctima y la apoyó en el reposacabezas. Entonces vieron que era una mujer. Llevaba el pelo corto y ropa neutra, de ahí que en un primer momento pensaran que se trataba de un hombre, pero su cara les dijo, sin asomo de duda, que la accidentada era una mujer de unos cuarenta años.

–Es Marit –declaró Patrik.

–¿Marit? –preguntó Hanna.

–Tiene un pequeño comercio en la calle Affärsvägen, donde vende té, café, chocolate y cosas así.

–¿Tiene familia? –La voz de Hanna sonó un tanto extraña al hacer la pregunta, y Patrik la miró de soslayo, pero su nueva

compañera tenía el mismo aspecto y pensó que serían figuras suyas.

–Pues la verdad es que no lo sé. Tendremos que averiguarlo.

El técnico había terminado de hacer las fotos y se retiró. Patrik dio un paso al frente y Hanna lo imitó.

–Ten cuidado, no toques nada –le dijo Patrik instintivamente. Antes de que Hanna hubiese podido responder, añadió–: Perdona, se me olvida que eres nueva aquí, no en la Policía. Deberás tener un poco de consideración conmigo –le dijo a modo de disculpa.

–No exageres –se rió Hanna–. No soy taaaaan sensible.

Patrik rió con ella, aliviado. No era consciente de hasta qué punto se había acostumbrado a trabajar con gente a la que conocía bien y sabía cómo funcionaban. Seguramente, sería muy saludable para él la llegada de sangre nueva. Además, era un lujo, en comparación con Ernst.

Que lo hubieran despedido después de su actuación arbitraria del otoño pasado había sido... bueno, ¡un milagro!

–Venga, dime qué ves –le preguntó Patrik acercándose a la cara de Marit.

–No es tanto lo que veo como lo que huelo –respondió Hanna inspirando con fuerza–. Aquí apesta todo a alcohol. Debía de ir como una auténtica cuba cuando se salió de la carretera.

–Sí, eso parece, sin duda –confirmó Patrik, aunque sonó algo vacilante. Con el ceño fruncido, miró el interior del coche. No había nada de particular en el suelo. Un envoltorio de caramelo, una botella de plástico de coca-cola, vacía, una página que parecía arrancada de un libro y al fondo, ya bajo el asiento del acompañante, una botella de vodka, también vacía.

–Pues no parece muy complicado. Accidente de un solo vehículo y un conductor borracho –sentenció Hanna retrocediendo un par de pasos, como dispuesta a marcharse. La ambulancia ya estaba lista para transportar el cadáver y no podían hacer mucho más.

Patrik observó el rostro de la víctima un poco más de cerca. Examinó con atención las heridas. Allí había algo que no encajaba.

—¿Puedo limpiarle la sangre de la cara? —le preguntó a uno de los técnicos, que ya estaba recogiendo el equipo.

—Sí, no habrá problema, tenemos documentación más que suficiente. Aquí tienes un paño. —El técnico le dio un trozo de tela blanca y Patrik se lo agradeció con un gesto de asentimiento. Con sumo cuidado, casi con mimo, retiró la sangre que había manado, sobre todo, de la herida de la frente. La mujer tenía los ojos abiertos y Patrik no pudo continuar sin antes cerrarlos despacio con el dedo índice. Debajo de la sangre, aquella cara era como un estudio de todo tipo de heridas y moratones. Sin duda, el volante la habría golpeado con fuerza, pues el coche era un modelo antiguo que no llevaba airbag.

—¿Podrías hacer unas fotos más? —le preguntó al colega que le había dado el paño. El técnico asintió y echó mano de la cámara. Rápidamente tomó varias fotos y miró inquisitivo a Patrik.

—Sí, así vale —le dijo Patrik caminando en dirección a Hanna, que parecía confusa.

—¿Has visto algo? —le preguntó.

—No lo sé —respondió Patrik con franqueza—. Es que hay algo que... No sé... —Desechó la idea con un gesto de la mano—. Seguro que no es nada. Venga, volvamos a la comisaría, así los demás podrán terminar con esto.

Entraron en el coche y pusieron rumbo a Tanumshede. Durante todo el trayecto de regreso, reinó en el ambiente un extraño silencio. Y en ese silencio, algo reclamaba la atención de Patrik. Sólo que él no sabía qué.

Bertil Mellberg sentía una curiosa alegría en su corazón. La misma que sólo experimentaba cuando pasaba unos días con Simon, aquel hijo suyo de cuya existencia nada había sabido durante quince años. Por desgracia, Simon no iba a verlo muy a menudo, sólo de vez en cuando, pero habían logrado

mantener algo parecido a una relación. No era desbordante, ni apreciable a simple vista, y se desarrollaba discretamente. Pero existía.

Aquella sensación difícil de explicar se debía a algo muy curioso que le había sucedido el sábado anterior. Sten, su buen amigo —y probablemente el único, al que quizá incluso cabría definir como simple conocido—, llevaba varios meses insistiéndole y presionándolo para que lo acompañase a la verbena de Munkedal, que se celebraba en un granero, con música folk. Y él había accedido. Por más que Mellberg se tuviera por un bailarín bastante bueno, hacía muchos años que no acudía a un salón de baile y lo de la música folk sonaba en cierto modo a... *hambo* y a calcetines con pompones. Pero Sten asistía habitualmente y al final logró convencerlo de que en ese tipo de bailes no sólo se disfrutaba de la música que apreciaba la gente de su generación, sino que también constituían un excelente coto de caza. «Te las encuentras sentadas en hilera, esperando a que alguien las saque a bailar», le había dicho Sten. Mellberg no podía negar que aquello sonaba bien, el mujerío había escaseado en su vida en los últimos años, y claro que al amigo le hacía falta airearse un poco. Pero su escepticismo se debía a que se imaginaba muy bien qué tipo de mujeres solía haber en esos bailes. Viejas urracas desesperadas, con más ganas de buscarse un hombre con una buena pensión en el que clavar sus garras que de darse un revolcón en el granero. Sin embargo, si algún arte dominaba era precisamente el de protegerse de viejas ansiosas de boda, se dijo, de modo que finalmente decidió ir al baile y probar suerte en la cacería. Por si acaso, se había puesto su mejor traje y se había rociado con un poco de «huele-bien» aquí y allá. Sten fue a su casa y, juntos, se tomaron un refuerzo para entrar en calor antes de marcharse. Sten se había encargado de que fueran a buscarlos en coche, de modo que no tenían que preocuparse por mantenerse sobrios. Y no era que a Mellberg lo inquietase mucho en general, pero no estaría bien que lo detuvieran por conducir borracho. Después del incidente con Ernst, la dirección no le quitaba la vista de encima, de modo que más le valía portarse

bien. O, al menos, fingir que se portaba bien. Ojos que no ven, corazón que no siente...

Pese a los preparativos, Mellberg no entró con demasiada esperanza en la gran sala de baile, que ya estaba totalmente llena. Y, desde luego, vio confirmadas todas sus sospechas. Sólo había vejstorios de su misma edad donde quiera que mirase. En eso estaban totalmente de acuerdo él y Uffe Lundell¹, ¿quién coño quiere en su cama el cuerpo de una tía de mediana edad, arrugado y flácido, cuando había en el mundo tantos otros tersos, hermosos y jóvenes? Aunque Mellberg se vio obligado a admitir que Uffe tenía un poco más de éxito que él en ese terreno. Y todo por el rollo aquel de ser estrella de rock. Una injusticia como un piano.

Estaba a punto de ir a reponer sus reservas vigorizantes cuando oyó a su espalda a alguien que le dirigía la palabra:

–Vaya sitio. Y una aquí, sintiéndose mayor.

–Bueno, yo he venido protestando –respondió Mellberg haciéndole un reconocimiento visual a la mujer que tenía a su lado.

–Lo mismo digo. A mí me ha traído Bodil –explicó la mujer al tiempo que señalaba a una de las damas que hacía todo lo posible por deshacerse en sudor en la pista de baile.

–En mi caso, ha sido Sten –respondió Mellberg señalando también la pista.

–Me llamo Rose-Marie –dijo la mujer tendiéndole la mano para estrechársela.

–Bertil –respondió Mellberg.

En el preciso momento en que la palma de su mano rozó la de ella, cambió su vida. A lo largo de sus sesenta y tres años, Mellberg había experimentado el deseo, la excitación, las ansias

¹ Mellberg se refiere a Ulf Lundell (Estocolmo, 20 de noviembre de 1949), cantante de rock, poeta, prosista y dramaturgo sueco, conocido, entre otras razones, por su afición a buscarse parejas mucho más jóvenes que él. Mellberg alude a él con el hipocorístico *Uffe*, que denota familiaridad e intimidad. (*N. de la T.*)

de poseer a alguien ante algunas de las mujeres a las que había conocido, pero nunca había estado enamorado. Ahora, aquel sentimiento se apoderó de él con toda su intensidad. La contemplaba admirado. El yo eminentemente objetivo de Mellberg registró la presencia de una mujer de sesenta años, de un metro sesenta de estatura, con cierto grado de redondez, el cabello corto tintado de un vivo color rojo y una alegre sonrisa. Pero su yo subjetivo sólo se fijó en sus ojos. Eran azules y lo observaban con curiosidad y persistencia, y él sintió que se perdía en ellos, como decían en las novelas románticas de tres al cuarto que vendían en los quioscos.

A partir de aquel momento, la noche pasó demasiado rápido. Bailaron, hablaron y él iba a buscarle la bebida y le retiraba la silla para que se sentara. Actitudes que, desde luego, no se incluían en su repertorio habitual. Pero claro, nada hubo de normal aquella noche.

Cuando se despidieron, Mellberg se sintió al punto desorientado y vacío. Sencillamente, tenía que volver a verla. Y allí estaba ahora en la oficina, un lunes por la mañana, con el ánimo de un escolar. Tenía sobre la mesa un papel con su nombre y un número de teléfono anotado debajo.

Mellberg miró la nota, respiró hondo y marcó el número.

Habían vuelto a discutir por enésima vez. Sus disputas degeneraban en combates de boxeo verbales con demasiada frecuencia. Y, como de costumbre, ambas defendían su punto de vista. Kerstin quería contarlo. Marit deseaba seguir manteniéndolo en secreto.

—¿Acaso te avergüenzas de mí? ¿De nosotras? —le gritó Kerstin. Y Marit apartó la vista, como en tantas ocasiones, y evitó mirarla a los ojos. Porque, de hecho, ahí estaba el problema, precisamente. Se querían, pero Marit se avergonzaba de ello.

Al principio, Kerstin se dijo que no era tan importante. Lo único que contaba era que se hubiesen conocido, que las dos, después del maltrato sin paliativos que les había dispensado la

vida y de las heridas que algunas personas les habían dejado en el alma, hubiesen llegado a conocerse y a quererse. ¿Qué importancia podía tener el sexo del ser amado? ¿Qué importancia podía tener lo que dijeran u opinaran los demás? Pero Marit no lo veía así. No estaba preparada para exponerse a la opinión y los prejuicios del entorno, y quería que todo siguiese como durante aquellos cuatro años. Pretendía que siguieran viviendo juntas como amantes pero fingiendo, de cara a la galería, que eran dos amigas que compartían piso por razones económicas o de tipo práctico.

—¿Cómo puede importarte tanto lo que diga la gente? —le había preguntado Kerstin durante la discusión de la tarde anterior. Marit se echó a llorar, como siempre que se peleaban. Y, como siempre, consiguió con ello aumentar la rabia de Kerstin. El llanto era una especie de combustible para la ira que había ido creciendo tras el muro creado por el secreto. Kerstin detestaba hacer llorar a Marit. Detestaba que la gente y las circunstancias hiciesen sufrir a la persona que más amaba en el mundo.

—Pero ¡piensa en cómo le afectaría a Sofie que todo saliera a la luz!

—¡Sofie es mucho más valiente de lo que crees, así que no la utilices como excusa de tu propia cobardía!

—¿Cómo de valiente puede ser una chica de quince años de la que se ríen porque su madre es bollera? ¿No comprendes el infierno que sería para ella la escuela? ¡No puedo hacerle eso! —Marit tenía la cara descajada por el llanto, como si fuera una máscara horrenda.

—¿De verdad crees que Sofie no lo sabe todo ya? ¿De verdad crees que la engañamos sólo porque tú te mudes al cuarto de invitados las semanas que pasa con nosotras y porque tú y yo nos dediquemos a hacer un absurdo paripé? ¡Que sepas que ella se ha enterado hace siglos! Y si yo estuviera en su lugar, me avergonzaría de una madre que es capaz de vivir en una mentira de mierda sólo para evitar las habladurías de la gente. ¡Eso sí que sería una vergüenza!